

representación parlamentaria, en lo que algunos analistas han titulado como la “excepción” española, parece que esta situación no durará mucho. La emergencia de Plataforma Per Catalunya, con posibilidades reales de alcanzar un buen resultado en las próximas elecciones catalanas, puede inaugurar un peligroso camino, sobre el que transite una derecha radical que ha permanecido soterrada en el plano de lo social y dentro de un Partido Popular “acogedor”, pero que consiga tener un vehículo propio con el que expresarse políticamente.

Analizar los discursos y los elementos claves en los éxitos de la ultraderecha europea, es una tarea urgente e imprescindible para poder afrontar los retos que entre otras cosas pueden venir debajo de la mano de la crisis.

Miguel Urban Crespo es miembro de la redacción de VIENTO SUR.



2. Amenazas de derechas

El berlusconismo y la transición autoritaria

Cinzia Arruzza y Felice Mometti

Se han formulado muchas hipótesis para caracterizar el berlusconismo, recurriendo a las definiciones y a las analogías más disparatadas. Nos encontraríamos en el inicio de un nuevo fascismo, de un autoritarismo blando, de un fascismo postmoderno, de un régimen de opereta, y hay quien llega a utilizar la categoría de “ridículo” como clave de interpretación del período berlusconiano.

¿Es Berlusconi un caso único en Europa?

Entre estos intentos de definición, uno de los más engañosos es el que habla de una “anomalía italiana”, argumento propuesto en particular por los “demócratas de izquierda”¹, que ha encontrado eco en otros sectores de la izquierda italiana. Berlusconi sería un producto típicamente italiano, fuera del espacio democrático europeo. Concentrando en sus manos un gran poder mediático,

¹/El Partido de los Demócratas de Izquierda (DS), heredero del Partido Comunista Italiano (PCI) fue fundado en 1991. Participó en 2006 en la formación del Partido Democrático (PD).

representaría un peligroso proyecto autoritario sin parangón en otros países. Sin negar los caracteres específicos de la situación italiana –sobre todo el hecho de que el berlusconismo haya nacido fuera del régimen clásico de partidos, sobre los escombros del partido de referencia de la burguesía italiana, la Democracia Cristiana–, hay que preguntarse si esta visión corresponde a la realidad.

En los años 1980, la *New Left Review* publicó un debate sobre la naturaleza del thatcherismo. El eje de la discusión era el concepto de “populismo autoritario” propuesto por Stuart Hall y criticado por Bob Jessop y otros ^{2/}. Según Hall, el populismo autoritario de Thatcher representaba una respuesta a la combinación de una crisis de la socialdemocracia keynesiana de postguerra, de una crisis económica, y de una crisis de legitimación del Estado británico. Haciendo referencia al concepto de “revolución pasiva” de Gramsci, subrayaba, en su vertiente autoritaria, las llamadas a un Estado fuerte y a la disciplina social, la hostilidad hacia las formas de mediación social (sindicatos, organizaciones democráticas, etc.), la articulación de temas ligados a la idea del orden social; y en su vertiente populista, el intento de crear una unidad entre pueblo y bloque de poder, los llamamientos al pueblo, y la voluntad de redefinir –o de fundar– la naturaleza del pueblo británico.

Retomando los análisis de Hall sobre el populismo autoritario, Stathis Kouvélakis se pregunta en su libro *Francia en rebelión*, si el sarkozysmo puede ser definido como un thatcherismo a la francesa: la misma voluntad de actuar sobre las fracturas en el seno de las clases populares y medias traumatizadas por el desclasamiento y la pérdida de las conquistas sociales; la misma capacidad de politizar la angustia social utilizando los temas del orden y de la seguridad; la designación de “enemigos interiores” responsables de la crisis y del declive nacional a los asistidos, los perezosos, los profesores sesentayochistas, la “chusma” ^{3/}. Al igual que el thatcherismo, Sarkozy representaría un intento de responder a la crisis del Estado por parte de la burguesía francesa.

A la luz de los resultados de las elecciones europeas y de las elecciones alemanas, que han mostrado un ascenso general de la derecha y una crisis de la socialdemocracia, mejor que refugiarse en analogías históricas –y fuera de lugar– con el fascismo o de asociar el fenómeno a una “autobiografía nacional” italiana de la que habría que avergonzarse, sería más útil preguntarse si no hay que situar a Berlusconi en el contexto europeo de experimentación de nuevos intentos de construcción de bloques de poder de derecha, capaces de gestionar la combinación de la crisis de las instituciones representativas y la crisis económica. Analizar las semejanzas con el thatcherismo y con el sarkozysmo es mucho más fructífero que preguntarse si estamos ante un nuevo peligro fascista, o si el berlusconismo es la expresión consumada de un núcleo reaccionario específicamente italiano, que ha acabado por aflorar.

^{2/} Hall, S., Jacques, M. (dir.) (1983) *The Politics of Thatcherism*. Londres; Lawrence & Wishart Ltd. Jessop, B. et al. (1984) “Authoritarian Populism, Two Nations, and Thatcherism”. *New Left Review*, 147. Hall, S. (1985) “Authoritarian Populism. A Reply to Jessop et al.”. *New Left Review*, 151.

^{3/} Stathis Kouvélakis, S. (2007) *La France en révolte*. París: Syllepse, pág. 304.

¿Fascismo o populismo autoritario?

Junto a la “anomalía italiana”, el espectro del fascismo es uno de los principales invitados al banquete de las definiciones. Sin embargo, la comparación es completamente engañosa. Nos limitaremos a poner de manifiesto dos elementos. En primer lugar, el fascismo fue un fenómeno “reactivo”. Representó la respuesta de la burguesía al ascenso del movimiento obrero y al peligro de propagación de la revolución, en un contexto de gran polarización entre las clases y de tentativas revolucionarias derrotadas. Además, esta respuesta se apoyó en una movilización de masas. Apostó por la pequeña burguesía para construir una fuerza susceptible de enfrentar y de aplastar al movimiento obrero, y en la destrucción sistemática de todas las formas de organización autónomas de la sociedad civil y su sustitución por otras formas controladas por el poder estatal.

No se acaba de ver en qué es comparable la actual situación con el ascenso del fascismo. No hay polarización entre las clases. Al contrario, el nivel de conciencia y de autonomía de la clase obrera está entre los más bajos desde la postguerra. No hay tampoco ascenso del movimiento obrero al que haya que responder. No hay ningún verdadero intento de movilizar y de organizar a las masas, ni por parte del Estado, ni de las organizaciones de la derecha gubernamental. Tanto las políticas concretas, como el discurso público y la ofensiva ideológica en curso, apuntan de manera sistemática a la disolución de los vínculos sociales sin ser reemplazados por otros vínculos (con excepción de la valorización del papel de la familia), a la fragmentación social y al fomento del individualismo. Las políticas de la derecha tienen como efecto una sociedad atomizada, no la sociedad orgánica del fascismo.

Hay que preguntarse, en cambio, si la pista abierta por Hall con el análisis del populismo autoritario puede ser aplicada al caso italiano. Se trata de una hipótesis interesante, a explorar con prudencia. En primer lugar, porque la noción de populismo tiende a ser un significado vacío, un concepto desprovisto de profundidad, cómodo para definir por defecto contextos poco claros o mal analizados, para los que no se ha encontrado mejor definición. Lo demuestra la enorme cantidad de definiciones y de aplicaciones diferentes del concepto de populismo. Puede por tanto ser utilizado, aunque a condición de aclarar de qué se está hablando.

Podría considerarse el caso italiano como un tipo de populismo basado en dos visiones del pueblo que *“se revelan como los dos lados complementarios de una misma concepción. La primera es la imagen del pueblo como masa salvadora, la segunda la imagen del pueblo como masa inculta. Los dos registros no son contradictorios”* ^{4/}. El populismo alcanza *“su forma perfecta cuando son las instituciones del Estado las que imponen este vínculo por la fuerza (tanto material como ideológica) [...] Las instituciones se vuelven entonces instrumentos, no para aumentar la libertad de elección de los individuos, sino para limitar su identidad, para alzar barreras tribales en vez de eliminarlas, para reducir las*

^{4/} Merker, N. (2009) *Filosofía del populismo*. Bari: Laterza, pág.6.

inclusiones y aumentar las exclusiones” /5. Y cuando las instituciones estatales no están en la misma longitud de onda, una de ellas (pongamos, el gobierno) es utilizada como fuerza de choque, para que haga de fórceps sobre todo el proceso. En segundo lugar, la caracterización de “populismo autoritario” en el caso italiano debe asociarse a los proyectos de “reforma institucional” del presidencialismo, de sumisión de la magistratura al gobierno, de “federalismo egoísta” de las regiones del Norte promovido por la Liga del Norte. Estos proyectos presentan varias dimensiones contradictorias, por lo que continúan engendrando tensiones en la mayoría gubernamental.

Una de las críticas de Jessop a Hall subraya el peligro de entender el *thatcherismo* limitado sólo a la esfera política e ideológica, y el de una homogeneización artificial de un fenómeno complejo y articulado. El análisis del *berlusconismo* no puede circunscribirse a las políticas institucionales y la ofensiva ideológica. Hay que examinar una serie de factores: las dificultades del capitalismo italiano a las que intenta dar una respuesta la transición *berlusconiana*; las relaciones entre la derecha y la burguesía italiana o sus diferentes sectores; la capacidad del *berlusconismo* para construir un bloque político estable; los intereses materiales a que responde su política y los sectores sociales afectados; las contradicciones en su propio campo (por ejemplo, entre posiciones ultra-liberales y posiciones proteccionistas, o entre posiciones nacionalistas y posiciones federalistas). En fin, en el propio plano ideológico, no hay que ver la ideología *berlusconiana* como un conjunto coherente exento de contradicciones. Al contrario, éstas son evidentes, y es precisamente esta combinación de elementos diversos –como, por ejemplo, hedonismo y defensa de valores tradicionales– lo que hay que comprender. Hay que considerar en particular algunos significados huecos, susceptibles de catalizar angustias múltiples en el conjunto de la sociedad. Así ocurre, en primer lugar, con la figura del inmigrante; pero también con la figura de la mujer, o más en concreto, del cuerpo de la mujer que, como el inmigrante, se convierte cada vez más en el objeto sobre el que se ejercen y se proyectan fantasmas de control y de poder por parte de quienes están precisamente desposeídos de cualquier forma de poder. Se trata de un trabajo de investigación, por fuerza colectivo, al que deben asociarse todos los actores de la transformación radical de la sociedad.

El régimen de la transición sin fin

En algunos análisis de la derecha y del *berlusconismo*, tenemos la impresión de que falta el centro en torno al cual se organizan las relaciones políticas y de clase en Italia. Este centro de gravedad es hoy día la larga transición, abierta en los años 1992-1994 –tras el hundimiento del “socialismo real” y la primera guerra en Irak–, una transición siempre en curso con sus fases, sus aceleraciones, sus dificultades y sus rasgos autoritarios. Su objetivo inicial era lograr estabilizar un sistema político bipolar, eliminando las alas radicales y la fragmentación de los par-

5/ *Ibid.* pág. 173.

“No hay que ver la ideología berlusconiana como un conjunto coherente exento de contradicciones. Al contrario, éstas son evidentes, y es precisamente esta combinación de elementos diversos lo que hay que comprender”

tidos. La salida de esta transición sigue siendo, todavía hoy, incierta. Entre febrero de 1992 y marzo de 1994, dos fechas simbólicas que marcan el inicio de la *tangentopoli* ⁶ y la primera victoria de Berlusconi en las elecciones, se asiste a una ruptura en el sistema político, económico, institucional, y en las relaciones entre las clases.

Con la operación *mani pulite* y la acción política de algunos sectores de la magistratura, el sistema de representación basado en los partidos, que había ocupado la escena política durante cincuenta años, quedó deslegitimado. Lo que quedaba del sistema de ajuste automático de los salarios respecto a la inflación fue abolido. Con el acuerdo firmado, en 1993, entre los sindicatos confederales, el gobierno y la *Confindustria* patronal, las reglas de la negociación cambiaron

y destrozaron el modelo basado en la concertación. Los sindicatos confederales asumieron en adelante el papel de actores políticos en el escenario de la transición italiana. Lo hicieron introduciendo reglas antidemocráticas en la elección de los representantes de los asalariados, tanto en el sector público como en el sector privado. El modelo de la concertación triangular sindicatos-gobierno-*Confindustria* se convirtió en instrumento de legitimación recíproca de los actores en juego, mientras las y los trabajadores quedaron relegados al papel de simples adherentes del sindicato, ya no considerados como los sujetos potenciales de la transformación social.

El gobierno Amato-Ciampi desvalorizó la lira un 30% y aprobó un presupuesto de 90 billones de liras, la medida legislativa más impopular desde la postguerra, implicando una enorme redistribución de rentas en beneficio de las clases más ricas. El referéndum sobre la Ley Electoral, sostenido por el movimiento de Mario Segni con el apoyo de importantes sectores del centro-izquierda y del ex-PCI, permitió iniciar la modificación del sistema institucional: se pasa de un sistema “proporcional-parlamentario” a un sistema “mayoritario-bipolar” con tendencias presidencialistas. En este contexto se produjo la famosa entrada en escena de Berlusconi, en enero de 1994. Principal empresario de televisión, se sirvió de una inversión masiva de sus recursos privados y de una utilización muy profesional de los medios de comunicación y, de mejor manera que toda la clase política de derecha y de izquierda, de la ausencia de representación del centro-derecha. Así se abrió la difícil –y peligrosa– transición del sistema político italiano.

⁶/ Al comienzo de los años 1990, la magistratura italiana lanzó una vasta investigación judicial sobre la corrupción generalizada en el mundo político. Esta investigación y las condenas que la siguieron significaron el final de la primera República, la del sistema institucional y de partidos de la postguerra. El nombre de *tangentopoli* hace referencia al dinero pagado a los políticos por la banda –la *tangente*– para obtener sus favores.

¿Ha concluido ya esta transición italiana? A juzgar por los resultados electorales, pese a su carácter meramente indicativo, parece que no. Todas las coaliciones de centro-derecha y de centro-izquierda han perdido las elecciones después de su experiencia gubernamental. Se trata de dos proyectos que nunca han llegado a oponerse realmente, ambos caracterizados –a diferentes niveles– por la idea de que no hay alternativa al liberalismo económico y a la concentración de poderes en los gobiernos, tanto nacionales como locales.

El dogma de las liberalizaciones y las privatizaciones ha determinado las políticas de centro-derecha y de centro-izquierda de los últimos quince años. Las privatizaciones record puestas en marcha por el gobierno de Prodi a mediados de los años 1990, la reforma de las pensiones por el gobierno Dini, las leyes Bassanini sobre la escuela y la función pública, la flexibilidad y la precariedad del trabajo introducidas por la ley Treu, las leyes sobre la inmigración, todas estas medidas han acelerado el proceso de desestructuración de las relaciones sociales y de clase iniciado en los años 1980. El poder actúa por medio de instrumentos que son una emanación directa de los ejecutivos –los decretos gubernamentales de urgencia han sido utilizados de forma masiva por las dos coaliciones cuando han estado en el gobierno–. La razón es sencilla: si no se consigue concluir la transición italiana con una gran reforma institucional presidencialista (o casi), sólo queda el control, la disciplina y la represión de las clases peligrosas.

La política entendida como administración institucional de los actores sociales considerados sólo como consumidores o simples ciudadanos sin determinación de clase, apunta a hacer prescribir el conflicto social de clases, esto es, la posibilidad de pensar la superación de la actual sociedad. El caso más evidente ha sido la represión feroz, seguida de la rehabilitación de sus responsables, durante las manifestaciones contra el G8 en Génova, en julio de 2001. Esta represión, sostenida –de forma implícita o explícita– tanto por el centro-derecha como por el centro-izquierda, anticipada algunos meses antes en Nápoles, es el hecho de un poder que no podía tolerar que un movimiento social por abajo, al margen de los partidos y de los sindicatos tradicionales de la izquierda, pusiera en cuestión el orden establecido y proclamara la posibilidad de un mundo diferente,

A pesar de estos aspectos, Berlusconi y el berlusconismo representan un fenómeno inédito en el contexto italiano. La personalización extrema de la acción política, con la casi coincidencia del jefe supremo, del gobierno y del partido *Forza Italia*, ha constituido tanto la fuerza como la debilidad del proyecto berlusconiano: su fuerza, por el hecho de la reducción de los espacios de mediación en el interior de la coalición gubernamental; su debilidad, por la ausencia de un bloque social consolidado susceptible de desarrollar una hegemonía estable en los aparatos de Estado como la magistratura, la administración pública o el ejército. Su victoria en las elecciones de 1994 fue posible gracias a un acuerdo entre actores antagonistas, la Liga del Norte y, en el sur, el MSI ⁷, un hecho sin preceden-

⁷El partido neofascista Movimento Sociale Italiano (MSI) adoptó el nombre de Alleanza Nazionale (AN) en 1995.

tes en la historia política italiana. La victoria electoral no fue la consecuencia de un movimiento social, o el resultado de la movilización de un partido estructurado, sino el resultado de una coalición política articulada en lo fundamental en torno a un liderazgo incontestable, única capaz de defender este proyecto. El centro-izquierda ha intentado en varias ocasiones construir este tipo de coalición, en torno a Prodi, Rutelli o Veltroni, sin conseguirlo nunca.

Bases sociales y relaciones de poder

En un artículo de *Il Manifesto*, Giorgio Galli afirmaba que Berlusconi no podía apoyarse sobre un “bloque histórico” comparable al de la Democracia Cristiana o del Partido Comunista, sino sólo sobre un agregado electoral cimentado por un rechazo común a los impuestos o los inmigrantes **8**. Se trata de una verdad parcial, basada en la analogía con un sistema político y de partidos que ya no existe; una analogía útil para decir lo que ya no es, pero no para determinar lo que está naciendo. No es más convincente la teoría de que el berlusconismo cuenta con tres pilares que formarían un bloque social: por un lado los pequeños empresarios, las profesiones liberales, los comerciantes y los artesanos; por otro, las mujeres que están en el hogar, los parados y las personas confrontadas a la mundialización; por último, los católicos practicantes **9**. Es confundir las características de un bloque social –principios y valores de referencia, capacidad de movilizar capas sociales, formas asociativas estructuradas, autoidentificación– con la lista de electores potenciales de Berlusconi.

Un elemento de conocimiento más interesante del berlusconismo lo ofrece la trayectoria seguida por *Forza Italia* desde su nacimiento. “Partido-empresa”, “partido de plástico”, han sido sus definiciones más frecuentes. Caterina Palucci indica tres características genéticas del movimiento *Forza Italia* que lo convierten en una forma de *catch-all party* (partido atrapa-todo), un partido *light* que estaría sustituyendo al modelo de partido de masas: 1) su aspecto patrimonial (un partido que pertenece a su fundador); 2) el carácter específico de una empresa (gran centralización, cooptación en lugar de elección de los dirigentes, libertad de maniobra de la dirección y orientación electoralista poco favorables a la construcción de un grupo dirigente); 3) el carisma de su líder **10**. Estas tres características, al comienzo de la difícil transición italiana, contribuyeron a la ascensión de Berlusconi. Pero explican también la dificultad de institucionalizar *Forza Italia* y de concluir por tanto la transición italiana con la definición de un nuevo marco político-institucional estable.

Los primeros estatutos de *Forza Italia* preveían un funcionamiento interno enteramente basado en los cargos electos y en los dirigentes cooptados por arriba. En la primavera de 1995, los 13.000 clubs locales que existían en 1994 ya habían

8/ *Il Manifesto*, 13/06/2009.

9/ Lazar, M. (2009) *L'Italie sur le fil du rasoir*. París: Librairie académique Perrin.

10/ Caterina Paolucci, C. (2006) “The nature of Forza Italia and the Italian transition”. *Journal of Balkan and Near Eastern Studies*, 8, págs. 163-178.

desaparecido y sólo se reconocían formalmente unos 3.500. Hasta 1997 los adherentes de *Forza Italia* no tenían ningún poder de decisión y escasas ocasiones de participación. El partido seguía configurado como un instrumento electoral completamente controlado por arriba. La derrota de 1996 condujo a una reorganización interna y a adoptar nuevos estatutos. El objetivo era animar y ampliar la participación de los adherentes, conservando al mismo tiempo el sistema de cooptación de una parte de los dirigentes nombrados por la dirección central. No sin contradicciones, se trataba de ir hacia una institucionalización del partido. En 1997, *Forza Italia* contaba con 140.000 miembros¹¹ y, en 2008, con alrededor de 250.000 adherentes declarados¹². El proceso de institucionalización del partido ha continuado oscilando entre el poder predominante del presidente del partido (Berlusconi), la centralización de las decisiones y la nominación de los dirigentes, y la exigencia de construir una base consolidada, entre un modelo de dirección de empresa y un modelo más próximo al antiguo partido de masas.

A la luz de estos elementos hay que leer la fusión con *Alleanza Nazionale*, un partido de características mucho más tradicionales, que se beneficia de una ramificación y de una implantación territorial reales (600.000 miembros en 2006, según los datos oficiales¹³). La dificultad de una institucionalización de *Forza Italia* y por tanto de una implantación del partido, de la creación de una base militante, de la formación de una capa dirigente, no se orienta a un modelo sustitutivo del partido de masas, sino que muestra más bien la grave dificultad de concluir la transición italiana. La creación del nuevo partido, el *Pueblo de las Libertades*, intenta ir en la dirección de la institucionalización y de la creación de un marco más estable, susceptible de permanecer más allá del liderazgo de Berlusconi. La capacidad para concluir positivamente esta operación está por ver, dadas las diferencias estructurales entre los dos partidos fusionados en el *Pueblo de las Libertades*. Si el primero se beneficia de una presencia considerable en los aparatos de Estado y en los medios del poder económico a nivel territorial, el segundo dispone de una base militante más consistente, habituada a reglas de funcionamiento más cercanas a las del partido de masas tradicional.

Las últimas vicisitudes del personaje Berlusconi revelan el deseo de una parte de la derecha y de la burguesía italiana de pasar a un “tras Berlusconi”, pero también la dificultad de encontrar una alternativa válida, capaz de reunir a las diferentes componentes de la derecha y de beneficiarse de un apoyo popular comparable al de Berlusconi.

Los enfrentamientos con el gobernador del Banco de Italia, Draghi, primero por las medidas de protección social frente a la crisis, y después por el *scudo fiscale* (el decreto que permite la vuelta de los capitales transferidos al extranjero y a los paraísos fiscales a cambio de un impuesto ridículo) son el signo de que, para sec-

¹¹/ Poli, E. (2001) *Forza Italia. Structure, leadership e radicamento territoriale*. Bologna: Il Mulino, pág. 130.

¹²/ Ruzza, C. y Fella, S. (2009) *Re-inventing the Italian Right: Territorial politics, populism and “post-fascism”*. Nueva York: Routledge. pág. 125.

¹³/ *Ibid.*, pág. 150.

“La política entendida como administración institucional de los actores sociales considerados sólo como consumidores o simples ciudadanos sin determinación de clase, apunta a hacer prescribir el conflicto social de clases”

tores de la gran burguesía italiana, el gobierno Berlusconi no está a la altura de la crisis económica. Mientras el centro-izquierda mantiene vínculos estrechos con los grandes bancos italianos, como Unicredit y Banca Intesa, y cuenta con las empresas más activas en los mercados internacionales, Berlusconi actúa apoyándose en cambio en las pequeñas empresas, los grandes grupos industriales y financieros, incluidas sociedades ligadas al crimen organizado. Su política parte del presupuesto de que, para construir un bloque de poder, hay que apoyar a todos los “poderes fuertes” existentes. Desde el punto de vista económico y financiero, sin proyectos a largo plazo, privilegia la adaptación a lo existente.

Esto explica la relación entre Confindustria y el gobierno, alternando impaciencia y realismo. La impaciencia deriva de los continuos conflictos

entre el gobierno y las otras instituciones estatales, en particular la magistratura y el Presidente de la República. Crean una situación de inestabilidad, pero el “realismo de empresa” se mantiene en vigor a falta de solución de reemplazo inmediato de la actual clase dirigente. La oposición de centro izquierda es considerada todavía demasiado débil y dividida para que pueda representar una alternativa creíble. El porvenir del berlusconismo se mantiene incierto, a falta de un apoyo claro por parte de sectores decisivos de la gran burguesía italiana.

Marx en “Arcore” 14

“Está pendiente de explicar cómo una nación de treinta y seis millones de personas ha podido ser sorprendida por tres caballeros de industria y llevada en cautividad sin resistencia”, escribía Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, a propósito de Francia tras la revolución de 1848. La actual Italia tiene algunos millones de habitantes más y tan sólo un *cavalier*, pero la pregunta de Marx sigue siendo pertinente. Describía a Luis Bonaparte como un personaje mediocre y grotesco al que las circunstancias históricas permitieron hacer de héroe, un viejo libertino que concebía la historia de los pueblos como una comedia en la que los grandes gestos y los grandes discursos son útiles para cubrir “*las canalladas más mezquinas*”.

Este retrato bien podría aplicarse a Berlusconi. La forma de gobierno de Luis Bonaparte, el bonapartismo, surgió de una crisis político-social en la que el poder ejecutivo, encarnado en una personalidad carismática, destituyó al parlamento e

14/ En Arcore se encuentra la residencia personal de Berlusconi, una villa comprada en condiciones escandalosamente ventajosas.

instauró un régimen autoritario y personal. Pero la historia nunca se repite de forma idéntica, y la afirmación de Marx de que “*todos los grandes acontecimientos y personajes históricos se repiten, por así decirlo, dos veces [...], la primera vez como tragedia, la segunda como farsa*”, tiene un valor práctico:

Corresponde a un análisis de la realidad capaz de abrir nuevas posibilidades de cambio. [...] Representar en forma de farsa el pasado (y también el presente, podríamos añadir) es útil para que los revolucionarios, creando lo que todavía no existe, no reproduzcan lo antiguo cogiendo prestadas las consignas y las prácticas de la tradición /15.

¿Es Berlusconi la farsa que sucede a la tragedia? Sí, si una oposición política y social aprovecha la ocasión para cuestionar el funcionamiento del sistema capitalista y sus estratificaciones ideológicas. No, si se considera sólo como el producto de un poder rapaz y payaso al que bastaría oponer la parte “sana” de la sociedad civil. En ese enfoque marxiano hay un cambio en el significado atribuido por el sentido común a la palabra farsa, de manera que se convierte en un elemento de discontinuidad necesario, que debe caracterizar la iniciativa de la izquierda revolucionaria en los momentos de crisis política e institucional.

Quince años después, el berlusconismo sigue teniendo dificultades para construir un bloque unido. Su objetivo es una modernización del país que pueda conducir al reforzamiento de los poderes del ejecutivo y del Jefe de Gobierno, al debilitamiento sustancial del poder legislativo y a la reducción del número de diputados. Dicho de otra manera, una especie de racionalización parlamentarista de tipo gaullista. De Gaulle es cada vez más popular en las filas de la derecha que quiere un gobierno dotado de una gran flexibilidad en los lazos con su electorado (en el caso de De Gaulle, el recurso al referéndum), con una relación directa entre líder y pueblo. La derecha ha sabido por tanto

reconocer la centralidad absoluta de un líder carismático, cultivando al mismo tiempo, como Max Weber lo había previsto al imaginar el futuro de los partidos de masas, una casta dirigente experimentada y consciente, capaz de concretar la fuerza sobre el conjunto del territorio /16.

La derecha, al igual que el centro-izquierda, no representa un bloque social, pero tampoco es un simple agregado electoral. Se trata de un actor político que intenta estructurarse en la larga transición italiana, combinando un populismo autoritario con las políticas del liberalismo contemporáneo, que no hay que confundir con la idolatría del mercado. Pero Berlusconi no es De Gaulle. Y lo que decía Marx a propósito de la farsa y la tragedia conserva toda su actualidad.

Cinzia Arruzza y Felice Mometti son militantes de Sinistra Critica.

15/ Tomba, M. (2008): “Il materialista storico al lavoro. La storiografia politica del *Diciotto Brumaio*”. En C. Arruzza (dir.) *Pensare con Marx, ripensare Marx*. Roma: Alegre.

16/ Quagliariello, G. “Adesso tocca a noi”. En www.gaetanoquagliariello.it